

DE LOS ESCRITOS DEL SIERVO DE DIOS LUIS DE TRELLES

LA FE EN LA EUCARISTÍA

En la eucaristía es necesaria una gran fe para reconocer a JESUCRISTO, residiendo todo entero y en millones de lugares, sin división ni sin multiplicación de su persona única, bajo las especies y apariencias de pan y vino. No hay, en efecto más que un solo y mismo JESÚS en el cielo, en los múltiples tabernáculos de la tierra, y en cada uno de nosotros. ¡Qué misterio! Hay aquí una maravilla incomprensible a la razón humana, porque para comprenderla necesitaría esta pobre y débil razón de un orden de conocimientos que no tiene, y que Dios le ha rehusado con sabiduría y justicia, a fin de probar la fe del cristiano en su divina palabra, perfectamente expresa en este punto: Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre (Mateo, 26, 26-28). Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida (Juan, 6, 56). El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es la participación del cuerpo del Señor? (I Corintios, 10, 16). Pues bien, esta sumisión de la razón a Dios, esta creencia en la verdad de su palabra, formalmente reconocida y establecida, es lo que constituye el mérito de la fe. Y Dios es honrado por este acto [...]. Dios ha hablado.

Dios ha afirmado y apoyado su palabra con testimonios irrefutables, y al alcance de la razón humana. El hombre sabe que Dios es infinitamente superior a él, que no puede ni quiere engañar a nadie, y que tiene el derecho de pedir al hombre que le honre por un acto de fe en su palabra, por increíble que sea esta palabra a su limitada inteligencia. Entonces se somete y dice ¡Dios mío, creo! Y lo dice con amor, porque sabe que honra a Dios y le agrada con su fe. Ved ahí un gran acto de virtud. Ved ahí una fe digna de la mirada de Dios, y de los ángeles. Ved ahí un corazón sumiso que mueve el corazón de JESÚS, y hace descender sobre él grandes gracias. Santa JUANA FRANCISCA DE CHANTAL no podía recitar el símbolo de los apóstoles (el Credo), sin una grande emoción; era una de sus oraciones preferidas; y se complacía en cantarla con sus religiosas. Un acto de fe, para aquella grande alma, era un deleite espiritual ¡tantas eran las delicias que encontraba en él! ¡Es que ella había comprendido lo que vale un acto de fe! Debemos tener en grande estima la virtud de la fe, y hacer con frecuencia actos de ella, sobre todo respecto a la adorable eucaristía".

(L.S. Tomo VII 1876 pág. 409-420)